

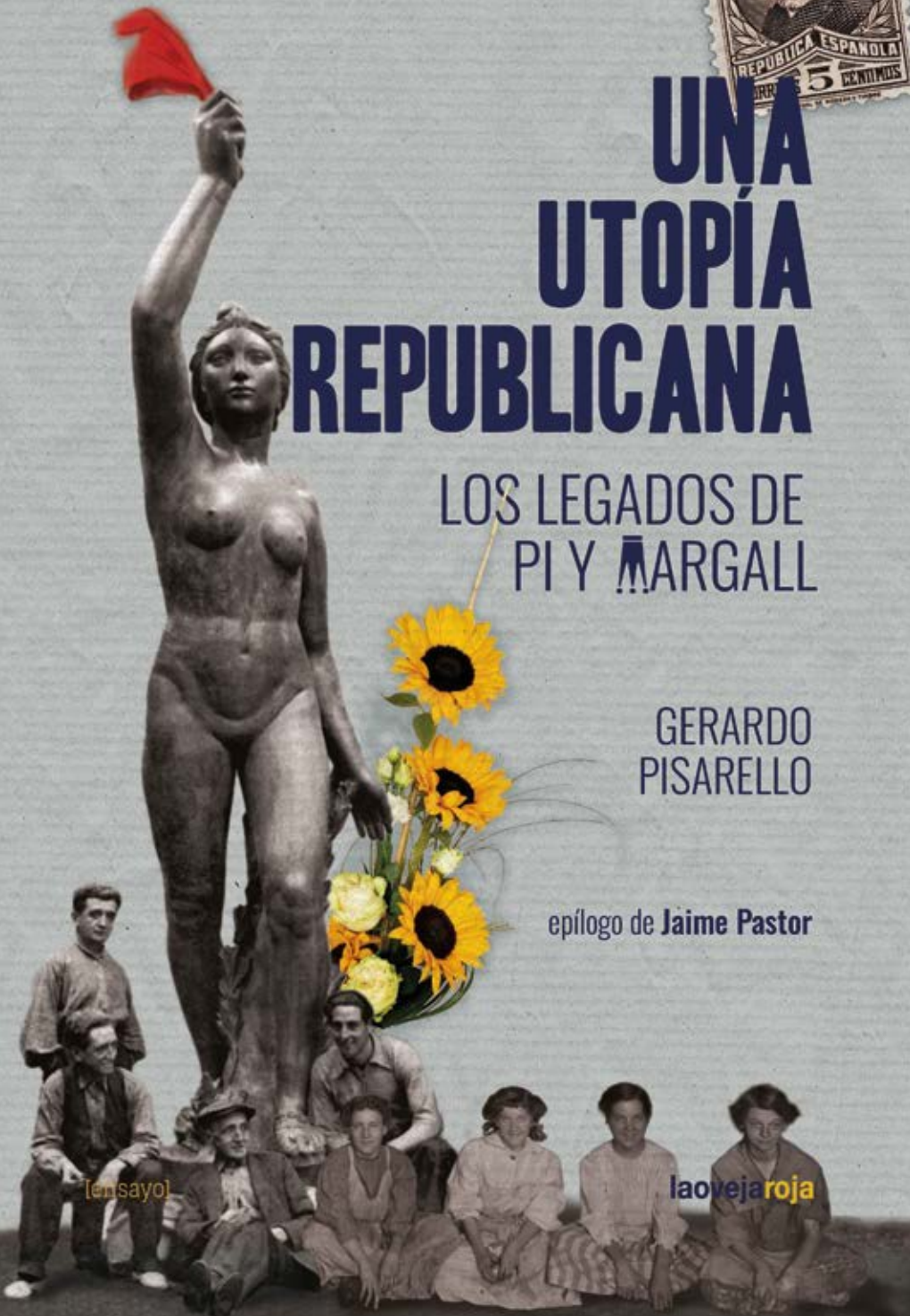


UNA UTOPIA REPUBLICANA

LOS LEGADOS DE
PI Y MARGALL

GERARDO
PISARELLO

epílogo de Jaime Pastor



[ensayo]

laovejaroja

Gerardo Pisarello

TUCUMÁN, 1970

Nieto de republicanos andaluces exiliados, hijo de una maestra rural y de un abogado de presas y presos políticos asesinado en Argentina por la dictadura de Videla y padre de dos jóvenes republicanos barceloneses. Su particular combinación entre trabajo académico y activismo social le llevó a estudiar derecho en Tucumán, disciplina por la que se doctoraría en Madrid. Ambas vertientes siguen activas desde entonces y marcan tanto su labor universitaria (ha sido profesor en la Universidad Complutense de Madrid, en la de Alicante y, desde hace ya más de dos décadas, en la Universidad de Barcelona) como militante.

A principios del nuevo milenio participó en el movimiento contra la guerra, en las redes por la renta básica, en campañas contra el tratado constitucional europeo y en movimientos por el derecho a la vivienda, como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca. Militancia también visible en sus primeros ensayos y en colaboraciones con las revistas *Mientras tanto* y *Sin permiso*.

Desde esas bases, formaría parte de la aventura institucional abierta tras el 15-M por Guanyem Barcelona y Barcelona En Comú. Llegaría así a ser miembro del Ayuntamiento de Barcelona y diputado del Parlamento estatal.

Entre su obra más reciente destaca el «tríptico republicano» que componen *Dejar de ser súbditos: el fin de la restauración borbónica* (Akal, 2022), *La República inesperada* (Escritos Contextatarios, 2023) y *Una utopía republicana: los legados de Pi y Margall* (La Oveja Roja, 2024).

UNA UTOPIA REPUBLICANA



UNA UTOPIA REPUBLICANA

Los legados de Pi y Margall

GERARDO PISARELLO

*Una utopía republicana:
los legados de Pi y Margall*
de Gerardo Pisarello

Imagen de la cubierta a partir de un retrato de grupo de los trabajadores de la fonería Barberi, de Olot, taller donde se fundió la alegoría de la República diseñada por Josep Viladomat en homenaje a Pi. Completada con jóvenes trabajadoras del textil, gorro frigio y girasoles.

Edición:
La Oveja Roja, 2024
c/ Amparo 76
28012 Madrid
www.laovejaroja.es

Impreso en el Estado español

THEMA: 3MN-ES-A, JPF
ISBN: 978-84-16227-75-4
Depósito Legal: M-12809-2024

Tanto el autor como los editores de este libro permiten y alientan la reproducción y difusión de esta obra, independientemente de los medios técnicos por los que se realice y siempre que se cite autoría y edición de origen.

El papel que sirve de soporte a este libro ha seguido procesos de elaboración destinados a garantizar una gestión sostenible de los bosques y las reservas acuíferas.

Índice

UN PRECURSOR DE ALLENDE EN EL SIGLO XIX	9	
1 UN JOVEN DE CLASE POPULAR		
ENTRE BARCELONA Y MADRID (1824-1854)	15	
La huella de Terrades y Xaudaró en tiempos de «bullangas»	18	
Primeros viajes a Madrid y Andalucía	26	
Un librepensador enfrentado al clero	31	
2 TEÓRICO DE UNA REVOLUCIÓN LIBERTARIA (1854-1866).....		39
<i>La Reacción y la Revolución:</i>		
una crítica radical del poder	45	
El amor con el País Vasco:		
Petra Arsuaga y Goicoechea.....	61	
Abogado, periodista y temprano defensor del socialismo	67	
3 DEL EXILIO A DIPUTADO EN LAS CORTES (1866-1873).....		73
Traductor y prologuista de Proudhon	74	
Diputado en las Cortes Constituyentes de 1869.....	77	
Defensor solitario de la Comuna de 1871.....	88	

4	PRESIDENTE DE UNA REPÚBLICA	
	QUE NO PUDO SER (1873-1874).....	97
	Un pacifista en armas contra el golpe de Estado.....	98
	Una presidencia de cinco semanas	108
	Dimisión y autocrítica:	
	el precio de no movilizar al pueblo.....	116
5	UN FEDERAL PERTINAZ	
	CONTRA LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA (1875-1901)	129
	Escribir bajo censura: <i>Las nacionalidades</i>	131
	<i>Las luchas de nuestros días</i>	145
	Pensar un <i>Nuevo Régimen</i> no sexista,	
	anticolonial, socialista	155
	El cortejo de un federal honrado	
	escortado por anarquistas.....	169
6	LOS LEGADOS DE UN REPUBLICANISMO	
	POPULAR Y (CON)FEDERAL.....	173
	EPÍLOGO, por Jaime Pastor.....	181
	RECONOCIMIENTOS	195
	BIBLIOGRAFÍA.....	197
	ÍNDICE ONOMÁSTICO	203

*A Xosé Manuel Beiras y Aurichu Pereira.
A Paco Fernández Buey. A Miquel Caminal.
Amigos, maestros y figuras señeras
del republicanismo peninsular.*

*A las mujeres y hombres del común que levantaron
la bandera roja de 'La Federal' y lucharon
por una vida libre de opresión.*

.

Un precursor de Allende en el siglo XIX

A doscientos años de su nacimiento, Francesc Pi i Margall, o Francisco Pi y Margall, como se le conoció mayormente en la época, continúa siendo una de las figuras más fascinantes del republicanismo hispano. Hijo de una familia de trabajadores artesanales pobres, fue un autodidacta en muchos campos. Se ganó la vida como periodista, como crítico de arte y como abogado de trabajadores y desvalidos. Se forjó como activista entre barricadas y exilios, fue diputado y llegó a ser presidente de la Primera República española, el primero de origen popular y con ideas revolucionarias y vanguardistas.

09

Como ocurre con otros líderes sociales, la biografía intelectual y política de Pi no puede explicarse sin las grandes movilizaciones populares de su tiempo. Desde las revueltas de Barcelona de 1840 y 1843, hasta la Vicalvarada madrileña, de 1854. Desde la llamada «Primavera de los Pueblos», de 1848, a la «Revolución Gloriosa», de 1868, que forzó la caída de Isabel II y abrió un experimento inédito de democratización política y social en la península.

El esfuerzo de sus padres y su propio talento permitieron a Pi recibir una temprana formación clásica en escuelas religiosas. Con el tiempo, esa impronta católica dio paso a un creciente racionalismo, marcado por un anticlericalismo convencido. Su primera gran obra política fue *La Reacción y la Revolución*, de 1854, claramente influida por los primeros movimientos republicanos peninsulares.

En un giro increíble de la historia, Pi se convirtió, en 1869 y hasta su muerte, en máximo dirigente del Partido Republicano Democrático Federal. Esto le permitió ocupar durante cinco semanas la presidencia del Ejecutivo y la jefatura de Estado de la Primera República de 1873. «La Federal», como se le conoció entre el pueblo llano, impresionó hondamente a gente del mundo entero. Walt Whitman, el poeta de la democracia, dedicó encendidos versos al florecimiento de aquel árbol hispano de la libertad. Y Victor Hugo cifró en la joven República la posibilidad de que la paz entre los pueblos reinara en Europa.

Como bien apreció Friedrich Engels, Pi fue uno de los pocos dirigentes conscientes de que una República federal solo podía sobrevivir si era percibida como un proyecto transformador por las clases jornaleras y por las incipientes fuerzas obreras. Con esa convicción, Pi propició una revolución lo más democrática, pacífica y masiva posible. Lo hizo enfrentándose a adversarios y obstáculos poderosísimos. No lo consiguió, en parte por errores que él mismo reconoció. Sin embargo, dejó una impronta única en las generaciones que mantuvieron vivo ese empeño.

Miles de luchadoras y luchadores de inicios del siglo XX encontraron en el Pi resistente de los años de la Restauración borbónica de 1875 una referencia insoslayable. Sus conferencias, sus artículos de prensa, su célebre ensayo de 1876, *Las nacionalidades*, y sobre todo su ejemplo personal, inspiraron a socialistas y republicanos de toda laya.

Solo esto bastaría para interesarse por una figura irrepetible en el escenario hispano. No obstante, el lector o la lectora de las *Cartas íntimas* de Pi y de sus entregas en *El Nuevo Régimen* se encontrará con un cautivador hombre de acción, de nobles sentimientos y al que nada de lo humano le es ajeno, como quería Terencio. En esas páginas puede encontrarse al amante de la naturaleza que frecuentó a Lucrecio y que se acercó con respeto a los pueblos amerindios y al campesinado hispano. Al activista que,

casi octogenario, criticó el machismo del derecho civil de su tiempo y abogó por una sexualidad libre. Al panteísta que criticó la crueldad contra los animales, que defendió al esperanto como posible lengua común, que convocó al proletariado a levantarse contra el capital y declaró abiertamente «la guerra a la guerra» y al colonialismo.

Muchas de estas posiciones fueron incomprendidas y rechazadas por el pensamiento dominante de su tiempo y lo siguen siendo en parte de la historiografía conservadora actual. Los censores conservadores y reaccionarios de Pi, de hecho, acostumbran presentarlo como «un ser glacial, rencoroso y atrabiliario». Quienes así hablan no perdonan que se propusiera dar voz a los anhelos de las mayorías populares antes que «disipar los temores burgueses a la democracia». En eso, en efecto, no siguió el camino de otros republicanos acomodaticios, como el locuaz y florido Emilio Castelar. Pi defendió siempre un republicanismo socialmente transformador y de fuerte contenido plebeyo.

A lo largo de su vida, Pi pagó su compromiso con el exilio, la prisión e incluso con algún atentado que casi le cuesta la vida. No fue un mártir republicano, a la manera de Mariana Pineda o de Rafael del Riego, pero los inquisidores de ayer y de siempre pondrían gran empeño en que su nombre permaneciera en el olvido. No le perdonaron que no se traicionara. Que se marchara de la vida austero, sin apenas bienes materiales, defendiendo hasta sus últimos días sus convicciones humanistas e internacionalistas.

Si la trayectoria vital y las ideas de Pi lo enfrentaron en más de una ocasión con el pensamiento dominante de su tiempo, también despertó gran entusiasmo entre nuevas voces republicanas, socialistas, anarquistas e incluso feministas de su época. Influyó notablemente en librepensadoras como Rosario de Acuña o Belén de Sárraga. También en Federica Montseny, quien comparaba a Pi con Goethe, Cervantes o Kant. Su influencia puede advertirse en figuras señeras del republicanismo peninsular, desde Manuel Azaña a Lluís

Companys, pasando por los republicanos catalanes Gabriel Alomar, Francesc Layret o Antoni Rovira i Virgili; por el gallego Castelao, por el andaluz Blas Infante o por los dirigentes libertarios Anselmo Lorenzo, Salvador Seguí o Joan Peiró.

Tras la revolución rusa de 1917, comunistas heterodoxos, libertarios, como Joaquín Maurín o Jordi Arquer, recuperaron la figura de Pi. No era casual. Después de todo, el proyecto que con tanto afán defendió desde las páginas de *El Nuevo Régimen* se parecía mucho a lo que años después Antonio Gramsci denominaría *L'Ordine Nuovo*. Buena parte de la vida de Pi estuvo dedicada a este propósito: levantar un partido y establecer alianzas de ámbito estatal, dotándolas de un programa que avanzaría el de los frentes populares y frentes amplios de los siglos venideros.

Algunos estudiosos modernos de la obra de Pi, como Antoni Jutglar, vincularon sus ideas y su práctica política con figuras del acervo emancipatorio posterior, como Salvador Allende. Sus ideas socialistas democráticas, su confianza en el juego limpio constitucional, su defensa de las libertades civiles, justifican el parangón.

12

A doscientos años de su natalicio, las ideas y la trayectoria de Pi nos siguen interpelando. Su republicanismo, su federalismo plurinacional de libre adhesión, su anticolonialismo, su pacifismo insobornable. Un auténtico programa de transformaciones radicales que quizá no vea la luz en el corto plazo, pero que la especie humana no puede eludir sin exponerse a su extinción.

A contrapelo de los estudios que lo muestran como un doctrinario abstracto o como un reformista moderado, este ensayo pretende rescatar al Pi activista y al pensador revolucionario cuyo fuego interior sigue iluminando las grandes tareas democratizadoras del presente.

«Se dirá», dejó escrito, adelantándose a sus opositores, «que me extralimito, pero ¿qué importa? Tengo fe en el porvenir de la humanidad y en la generación que viene tras la mía». Rebelde ante todo determinismo, sabía que la lucha

republicana por la igual libertad y contra todo poder arbitrario era una utopía sin fin, jalonada por triunfos, tropiezos, duras caídas y renovadas batallas democráticas. También aquí, como Salvador Allende, pudo haber concluido sus días repitiendo, con tono sereno e inquebrantable: «La historia es nuestra, y la hacen los pueblos».

Barcelona, abril de 2024

Un joven de origen popular entre Barcelona y Madrid (1824-1854)

La conversión de Pi i Margall en lo que Xavier Domènech denomina, no sin justicia, «el principal pensador político de talla europea que hemos tenido en nuestra península en los últimos doscientos años» no se explica sin sus singulares señas biográficas¹. Nacido en el popular barrio barcelonés de La Ribera, un 29 de abril de 1824, murió en Madrid, sin dejar herencia alguna, un 29 de noviembre de 1901. Sus 77 años de vida estuvieron profundamente marcados por estas dos ciudades. Por el papel histórico de cada una de ellas y por sus peculiares rasgos de identidad. Vivió en Barcelona hasta los 23 años. Los 54 restantes, con breves intermitencias, los pasó en Madrid. Su carácter, su estilo literario, sus ideas republicanas, federales, socialistas y laicas: todo en él es el resultado de sus vínculos con esas dos grandes ciudades peninsulares².

15

1 Xavier Domènech, *Un haz de naciones: el Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*, Península, Barcelona, 2020, p. 68.

2 Sobre la infancia y primera juventud de Pi, siguen siendo de referencia Enrique Vera y González, *Pi y Margall y la política contemporánea*, 2 v., Ullastres, Barcelona, 1886; Pablo Correa Zafrilla, «Biografía política de Pi y Margall», en *La federación*, Pablo Correa Zafrilla ed., Imprenta de Enrique Vicente, Madrid, 1880; o la conferencia de Josep Maria Vallès i Ribot, «Memòria biogràfica de Francisco Pi i Margall», pronunciada en el Ayuntamiento de Barcelona en 1906. También, desde luego, el precursor trabajo de Antoni Jutglar, *Pi y Margall y el federalismo español*, 2 v., Taurus, Madrid, 1975.

La infancia y la primera juventud de Pi transcurren entre los inicios de la llamada Década Ominosa, con la segunda restauración del absolutismo de Fernando VII, y las primeras revueltas contra el nuevo orden monárquico liberal-conservador. Durante estos años, también Europa experimenta una transición. La que va entre la Santa Alianza reaccionaria, instaurada para contener el influjo de la Revolución francesa, y los primeros levantamientos liberales y republicanos contra su expansión.

Desde la ventana de su casa, situada en el número 13 de la calle Mirallers, Pi podía contemplar la basílica gótica de Santa María del Mar. Francesc, su padre, era un tejedor de velos y mantillas para campesinas. Su madre, Teresa, abrió en la planta baja de la finca una modesta y aparentemente lúgubre yesería. Ambos eran barceloneses y habían nacido alrededor del 1800. Por el lado paterno había un abuelo albañil, nacido en Premià de Dalt. Por el materno, un abuelo dorador, que trabajaba la madera, y una abuela oriunda de Sabadell.

16

En esta familia de trabajadores de oficio modestos transcurrió la infancia de Pi. No hubo en él una seguridad de origen derivada de su pertenencia de clase. En cambio, recibió de sus padres un afecto y un apoyo decisivos en la constitución de su personalidad. Ambos eran moderadamente religiosos. Francesc padre, eso sí, tenía una mácula. Se había desempeñado como sargento en la Milicia Nacional durante el Trienio Liberal, entre 1820 y 1823. Ese vínculo, en los inicios de la Década Ominosa, era una marca de época. Fernando VII odiaba todo lo ocurrido durante aquellos años y estaba dispuesto a lo que hiciera falta para borrarlos de la historia.

En Cataluña, encargó la represión de cualquier iniciativa que sonara a liberal radical o a republicana a un personaje despiadado, Carlos de España. Atendiendo a sus convicciones religiosas o por simple precaución, los padres de Pi bautizaron a su primer descendiente en la iglesia que estaba junto a su casa. Recibió los nombres de Francisco, José y Pedro Mártir. El matrimonio tuvo otros tres hijos. El segundo, Pablo, era

uno o dos años menor que Francisco. Llegó a ser empleado de confianza en una industria importante. Le siguió Joaquín, destacado dibujante y grabador, quien fijaría su residencia en Madrid y se casaría en 1875 con Manuela Rivadeneyra, hija del conocido editor Manuel Rivadeneyra. La más pequeña de los Pi y Margall llevaba por nombre Dolores. Francisco le llevaba unos diez años. Tanto ella como su hermano Pablo mantuvieron su residencia en Barcelona.

Desde pequeño, Pi asistió a la escuela parroquial de Santa María del Mar. Cuando tenía siete años nació su hermano, Joaquín. Fue ese año cuando Fernando VII mandó a ejecutar con garrote a la liberal granadina Mariana Pineda. En medio de ese ambiente convulso inició el pequeño Pi su etapa escolar. Su maestro de primeras letras detectó rápidamente su talento. Aconsejó a sus padres que le dejaran estudiar y prepararse para seguir una carrera. Francesc padre y Teresa carecían de los medios necesarios, pero ante los consejos del maestro, consiguieron matricular a su hijo mayor en el Seminario de los Escolapios.

Siendo todavía un niño, Pi comenzó a cursar Latinidad y Humanidades. Mostró una dedicación y una pasión por el estudio que lo acompañarían el resto de su vida. Seis años después de haber entrado al Seminario, dominaba el griego, el latín, y había adquirido amplios conocimientos de literatura castellana. Con trece años, era un estudiante precoz, pero sin dinero. Para costear sus estudios y ayudar a la familia, comenzó a dar clases a sus compañeros. Ese temprano oficio de maestro le permitió sortear los trabajos manuales. También lo instruyó en un arte clave en política: transmitir con eficacia y pasión lo aprendido y conseguir con ello movilizar a sus conciudadanos. Es lo que Pi haría, de un modo u otro, hasta 1847, año en que se marchó a Madrid.

Mientras Carlos de España mantenía su particular régimen represivo en Barcelona, la sociedad comenzó a experimentar cambios. Una incipiente burguesía industrial comenzó a despuntar, dejando atrás el sistema predominantemente agrario

que había caracterizado el Antiguo Régimen. Con el advenimiento del reinado de Isabel II, se produjo una cierta liberalización del sistema político. Una de las primeras medidas adoptadas por el nuevo Gobierno fue el decreto de Javier de Burgos, de 1833, por el que se establecía una nueva división de España en 49 provincias. Esta división, un tanto artificiosa, hizo que a Cataluña le correspondieran cuatro: Barcelona, Tarragona, Lleida y Girona.

La huella de Terrades y Xaudaró en tiempos de «bullangas»

La nueva etapa liberal estuvo caracterizada por enfrentamientos entre moderados y progresistas. Este clima de tensión generó numerosas movilizaciones populares que solían traducirse en una hostilidad abierta hacia el clero y la nobleza. Los sectores de orden solían llamarlas «bullangas» en un sentido despectivo, aunque a menudo reflejaban aspiraciones revolucionarias tanto del pueblo bajo como de ciertos sectores medios.

18

En ese contexto, justamente, surgieron figuras destacadas del incipiente republicanismo catalán, como Abdó Terrades o Ramón Xaudaró³. Ambos pertenecían a una estirpe de activistas que, siguiendo el camino abierto por los doceañistas de Cádiz, batalló por la construcción de una nación de ciudadanos. Terrades se vinculó tempranamente a la francmasonería y a movimientos revolucionarios carbonarios. Fue uno de los primeros republicanos críticos con la monarquía y abogó por una profundización política y social de la democracia en

3 Sobre Ramón Xaudaró y sus ideas, Anna Maria García Rovira, «Ramón Xaudaró, el “Marat barcelonés”», *Liberales eminentes*, Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel eds., Marcial Pons, Madrid, 2008, pp. 125-155. Para la fascinante figura de Abdó Terrades, pueden verse, entre otros, los trabajos biográficos de Josep Soler Vidal, *Abdó Terrades, primer apóstol de la democràcia catalana (1812-1856)*, La Magrana, Barcelona, 1983 y Raül Aguilar Cestero, *Abdó Terrades i la Revolució (1812-1856)*, UPEC, Barcelona, 2017.

favor de las clases populares. En 1838, antes de ser candidato a alcalde de Figueres, escribió una afamada pieza teatral antimonárquica, titulada *Lo rei Micomicó*.

El compromiso de Xaudaró con el republicanismo popular fue igualmente intenso. Tanto, que sería conocido como el «Marat barcelonés». En 1832 escribió desde su exilio político unas *Bases d'une constitution politique ou principes fondamentaux d'un système républicain*. El texto era un esbozo de constitución republicana federal. Solo sería traducido al castellano en 1868, con la llegada de la llamada Revolución Gloriosa.

De regreso a España, en 1834, Xaudaró fundó el periódico *El Catalán*, entró en contacto con los republicanos de Terrades y fue detenido en varias ocasiones. En su descargo, publicó en 1836 un *Manifiesto de las injustas vejaciones sufridas*. Asimismo, creó y dirigió la sociedad secreta Los derechos del hombre. En 1837, encabezó en Barcelona un levantamiento de jornaleros descamisados para evitar un giro reaccionario de los monárquicos moderados. El movimiento ocupó la diputación y el ayuntamiento, pero acabó cercado. Xaudaró, acusado falsamente de «agente carlista», fue detenido, juzgado por un consejo de guerra, y ejecutado al final de la Rambla el 9 de julio de 1837.

En realidad, es entre finales de la década de 1830 y principios de la de 1840 cuando tiene lugar una notable aceleración en la configuración de lo republicano⁴. La mayoría de sus partidarios provenían del liberalismo radical y estaban unidos por un común rechazo de la Constitución aprobada en 1837. Con la disolución, dos años más tarde, de las Cortes progresistas, su accionar se intensificó. En ese contexto se produjo, por ejemplo, el nacimiento de La Federación, primer intento de creación de un partido demócrata-republicano en la clandestinidad.

En medio de esa eclosión de sociedades secretas, banquetes episódicos y periódicos semiclandestinos, Pi ingresó a la

4 Véase Ángel Duarte, *El republicanismo: una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 47 y ss.

Universidad de Barcelona para completar su bachillerato. Con un acusado sentido de la disciplina, estudió Filosofía, Moral, Astronomía, Física, Matemáticas, Lógica, Metafísica, Latín y Griego. También aprendió francés, inglés e italiano, y adquirió una muy completa cultura clásica: Virgilio, Horacio, Píndaro, Homero. Frecuentó a grandes escritores castellanos, como Lope de Vega, Moratín, Tirso de Molina o Calderón de la Barca. Leyó a Shakespeare directamente del inglés y solía recitar de memoria pasos de sus obras. Con ese bagaje, se lanzó a los catorce años a escribir algunas poesías y ensayos dramáticos de carácter histórico. Casi ninguno ha llegado a la actualidad, aunque se sabe que sus maestros los valoraron positivamente. Con quince años, tradujo una tragedia de Eurípides y escribió dos propias: *Coriolano*, de clara ascendencia shakesperiana, y *Don Fruela*.

Gracias a su persistencia en el trabajo, a su sensibilidad humanista y a su sólida formación clásica, Pi se labró una pequeña fama no solo como maestro, sino como conferenciante. Con las 400 o 500 pesetas que cobraba cada mes, pudo descargar de gastos a su familia y comenzó a montar su propia biblioteca.

20

En 1840, las Cortes conservadoras impulsaron una ley que recortaba las libertades municipales. La indignación se escampó entre los elementos democráticos y populares. En Barcelona, primero, y luego en Madrid, se constituyeron juntas revolucionarias que desafiaron la autoridad de la regente María Cristina. La caída de la madre de Isabel II y las decepciones generadas por la regencia de Bartolomé Espartero, entre 1840 y 1843, fueron decisivas para la afirmación de un movimiento democrático con fuertes componentes republicanos. Barcelona ocupó un papel destacado en esta coyuntura. El hecho de que fuera bombardeada por las tropas esparteristas agudizó en ella la conflictividad social.

Pi participó de muchas de estas revueltas con complicidad. En compañía de su amigo Josep Mestres, solía visitar las barricadas de los barrios populares y charlaba con sus

defensores. En 1841 ingresó a la Facultad de Derecho a cursar Leyes y Cánones, según la terminología de la época. Nunca mostraría especial interés en el ejercicio de la abogacía. Con una justicia de claro sesgo oligárquico, Pi la utilizaría, como mal menor, para ganarse el sustento y para defender a trabajadores de origen modesto. Sus preferencias siempre se decantaron hacia la filosofía, el arte y la historia. Hacia los veinte años, comenzó a familiarizarse con el pensamiento de Hegel. Sus primeras afinidades filosóficas y estéticas, así como su aproximación racionalista al romanticismo de la época, debían mucho al genial pensador de Stuttgart.

Muy pronto, Pi se hizo con un bagaje intelectual claramente superior al de muchos jóvenes de su entorno. Gracias a ello, pudo traspasar muchas de las barreras de clase que lo habían marcado hasta entonces. Entre sus conocidos de adolescencia destacaron nombres vinculados a una cierta burguesía intelectual catalana. Algunos de ellos, como Manuel Duran i Bas y Josep Coll i Vehí, eran religiosos y más bien conservadores. También los hubo liberales, como el arquitecto Josep Oriol Mestres, que llegaría a ser uno de sus grandes protectores, o Benet de Llança i Esquivel, miembro de una distinguida familia del Maresme y duque de Solferino.

La vida de Pi joven transcurrió entre sus primeros contactos con la burguesía ilustrada de Barcelona y un entorno social sacudido por revueltas populares de diferente índole. La combinación de ambas influencias moldearía de forma decisiva su mirada sobre la realidad⁵.

5 Véase Jordi Casassas y Albert Ghanime, *Homenatge a Francesc Pi i Margall, 1824-1901: intel·lectual i polític*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2001; Pere Gabriel, «Francisco Pi i Margall: imágenes de un federalismo popular militante en España», en *Liberales eminentes*, op. cit., pp. 277-319; y «Francisco Pi y Margall: la Primera República y el federalismo catalán», *La Federal: la Primera República española*, Manuel Suárez Cortina ed., Silex, Madrid, 2023, pp. 97-122.

En junio de 1842, Terrades y un centenar de sus seguidores proclamaron la República en Figueras, su ciudad natal. Previamente, Terrades había sido elegido alcalde al frente de una candidatura republicana. Al haberse negado a jurar fidelidad a Espartero, no pudo acceder al cargo. Tras ocupar la ciudad algunas horas, Terrades y sus seguidores se dispersaron. Poco después, reapareció en Barcelona y continuó su campaña de agitación política desde las páginas de *El Republicano*.

En el verano de 1843, tuvo lugar un nuevo levantamiento popular conocido como la Jamancia. La ciudad fue bombardeada durante más de dos meses y dejó un saldo de 33 muertos, además de numerosos daños materiales. Estos conflictos, sumados a los que tuvieron lugar en octubre y noviembre del mismo año, supusieron un duro golpe para las fuerzas centralistas y todo un hito para las republicanas.

Por esos mismos años, Pi entró a la Sociedad Filomática, una agrupación de jóvenes que, con el tiempo, daría lugar al Ateneo Barcelonés. Su ingreso en estos círculos le permitió trabar relación con algunas figuras relevantes del romanticismo catalán. Entre ellos, el pintor Claudi Lorenzale, el escritor y periodista Pau Piferrer, o el pintor y escultor Pau Milà i Fontanals.

La relación con estos círculos permitiría a Pi dar mayor consistencia intelectual a su conciencia catalanista. Asimismo, lo obligó a profundizar sus estudios y a preparar sus conferencias con especial diligencia. Mientras cursaba segundo año de la carrera de Derecho, pronunció una serie de charlas sobre historia de la arquitectura. Estas conferencias entusiasmaron a sus oyentes, comenzando por su amigo Josep Mestres, pesebrista además de arquitecto. Gracias a él, un conocido editor de Barcelona encargó a Pi la redacción del apartado «Cataluña» de la colección *España: obra pintoresca*. Se trataba de una obra de gran formato, con muchas láminas, típico de la producción editorial romántica de la época. Para elaborar su trabajo, Pi recorrió a caballo toda Cataluña. Su contribución estaba escrita en un estilo algo ampuloso. Por

momentos, acusaba la influencia de Victor Hugo y de Chateaubriand, aunque lejos de las formas que en su madurez lo convertirían en una referencia de la literatura hispana.

Su contribución sobre «Cataluña» fue lo primero que Pi entregó a imprenta. Simultáneamente, pronunció dos conferencias públicas importantes: una sobre los indultos y otra relativa a los mayorazgos. En esta última, ya mostraría cierta inclinación a la radicalidad y un temprano interés por la economía política.

Entre 1845 y 1854, durante la llamada Década Moderada, los monárquicos más conservadores ocuparían el poder. Este período se inauguró, precisamente, con la aprobación de una constitución bastante más conservadora y centralista que la de 1837. Durante su discusión, José María Orense, marqués de Albaida, pronunció un alegato que, andando el tiempo, sería considerada como la primera enunciación parlamentaria republicana⁶. El nuevo texto contó con el beneplácito de la burguesía catalana aglutinada alrededor del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro. En cambio, fue muy impopular entre las clases menos favorecidas, especialmente tras la crisis económica de 1846.

Para ese entonces, las posiciones políticas de Pi fueron adquiriendo contornos cada vez más nítidos. Se convirtió en un admirador declarado de la Revolución francesa, profesó ideas catalanistas y comenzó a alejarse de sus creencias religiosas de adolescencia. Sus primeros escritos no dejaban traslucir el estilo sensual o irónico que caracterizaría a otros autores catalanes y españoles de la época. No obstante, podía ser mordaz y se adivinaba en él un brío interior que no tardaría en exteriorizarse.

Por esa época, se cruzó en su vida una de las pocas relaciones que se le conocen de aquella primera juventud: la que lo vinculó a Leonor Oñós i Salvat, una atractiva joven

6 Ángel Duarte, *El republicanismo: una pasión política*, op. cit., p. 49.

barcelonesa de familia acomodada⁷. Leonor era prima de Josep Mestres, amigo íntimo de Pi. Era la nieta predilecta de su abuela materna, una mujer rica, de carácter fuerte, que no sabía ni leer ni escribir, y que quiso que Leonor fuera educada por tutores de excelencia. Aconsejada seguramente por Mestres, eligió a Pi como profesor particular.

Las inclinaciones políticas tenían un peso importante en aquel joven de 22 años. Tanto que las dejaba entrever incluso en sus clases con Leonor, cinco años menor que él. En los cuadernos de ejercicios gramaticales que ella conservó se registran frases que Pi le dictaba y que dan cuenta de sus pasiones y de sus ideales políticos.

«Cuando un pueblo», decía aquel joven maestro, con accesos jacobinos, «rompe las barreras que le imponen las leyes y toma las armas contra el Gobierno, aunque tenga un solo objetivo, aterroriza a todos los identificados con la antigua causa». Con similar arrebato mostraba a su alumna un enardecido catalanismo: «Nosotros vimos la espada que blandía Isabel la Católica. Con ella rasgó los fueros que los reyes habían dado a Cataluña». Y lo mismo ocurría en materia religiosa: «Dios castigará a los malvados que no cumplen sus leyes». «El cielo vengará los crímenes que no venguen aquí los tribunales». «No tentemos nunca al Señor, que conoce nuestras intenciones más escondidas».

Jacobino y hegeliano de izquierdas. Tímido, pero con el tono de un profeta encendido. Ese era el Pi que impresionó a la también joven Leonor. Era delgado para su altura, de cara pálida y expresión seria. Vestía de color negro, llevaba una levita abotonada de arriba abajo y daba sus lecciones con voz reposada. Era capaz de hacerlo en un castellano muy correcto, sin dejar ninguno de catalán.

No sería extraño que, a pesar de su proverbial timidez, desplegara una cierta galantería republicana, comedida, en

7 Este episodio es evocado por Antoni Rovira i Virgili, *Lectura de Pi i Margall*, Leandre Colomer ed., Magrana, Barcelona, 1990.

su relación con Leonor. En un comentario sobre *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina, escrito muchos años después, él mismo sostendría que la sensualidad bien entendida debía observar ciertos valores. Esa convicción lo llevaba a elogiar a Tirso, pero a censurar a Molière, cuyo Juan Tenorio no era ya un «caballero sino un canalla», no ya «un galán seductor sino un calavera de mal género»⁸.

Cuando no había transcurrido ni un año desde el comienzo de las clases, Pi anunció a Leonor una decisión que cambiaría su vida. Quería marchar a Madrid. Es difícil saber si las evidentes diferencias de clase con la joven influyeron en su decisión. Sea como fuere, Leonor acabaría casándose con su primo, Josep Oriol Mestres, tres años después. Con motivo de la boda, Pi escribió a su amigo una carta deshaciéndose en elogios hacia su prometida. Tardaría muchos años más en contraer matrimonio. Lo haría con una joven vasca hija de un médico arruinado, Petra Arsuaga y Goicochea. Llamativamente, la primera hija de ambos recibiría el nombre de Leonor.

Rovira i Virgili conjetura que, de haber continuado en Barcelona, Pi se habría convertido en un caudillo destacado del republicanismo catalanista. Lo cierto es que se marchó a Madrid en 1847, a punto de cumplir veintitrés años. Fuera por razones sentimentales o no, su elección fue la de muchos jóvenes de condición humilde inclinados a las letras. Los de clase alta, como Milà i Fontanals, iban a la capital del reino a doctorarse o a hacer oposiciones. Los de clase popular, como Pi, lo hacían para abrirse un camino como escritores o periodistas.

Aunque no volvería ya a residir en Barcelona, nunca dejó de pensar en su tierra de origen. Continuó estudiando la historia de Cataluña y leyendo asiduamente su prensa. Al ser elegido diputado, admitiría que *La Veu de Catalunya* formaba parte de sus lecturas diarias. No obstante, sus vínculos con

8 Francisco Pi y Margall, «Observaciones sobre el carácter de Juan Tenorio», *Opúsculos*, Manuel G. Hernández, Madrid, 1884, p. 225.

el movimiento catalanista los tendría ya a través del partido de ámbito estatal que por convicción contribuyó a crear: el Partido Republicano Democrático Federal.

Primeros viajes a Madrid y Andalucía

Pi llegó a Madrid en diligencia un 19 de mayo de 1847. Lo hizo lleno de ilusiones y con los bolsillos prácticamente vacíos. Aún no había concluido sus estudios de Derecho, pero pensaba que gracias a su disciplina de trabajo podría ganarse la vida escribiendo y dando conferencias, como en Barcelona. La realidad fue más dura. En Madrid, carecía de una red de amistades y relaciones como las de su ciudad natal. Nunca las tuvo, propiamente, y todos los encargos editoriales que recibió fueron de gente de Cataluña o vinculada con ella.

Durante meses, Pi tuvo que malvivir como peón intelectual. Le tocó escribir sobre casi cualquier materia que cayera entre sus manos. Tuvo que hacerlo en una lengua que no era la materna y sobre la que todavía no tenía un pleno dominio literario. A poco de llegar, Pascual Madoz, abogado en Barcelona a partir de 1835, lo llamó a colaborar en su *Diccionario de la conversación*, una entrega periódica de variedades. Comenzó a escribir artículos a veinte pesetas por cada sesenta mil palabras. El escaso interés que le generaban los temas tratados y los constantes contratiempos hicieron mella en su ánimo. Llevaba poco tiempo en Madrid cuando envió una carta a su amigo Josep Mestres. La misiva reflejaba lo que suponía para un escritor sin recursos ni grandes contactos intentar sobrevivir en la capital. En ella confesaba a su amigo y protector:

«Mis preocupaciones son muchas e imperiosas: he de trabajar para vivir. Y es la parte más triste del negocio, no que tenga que dedicar horas al trabajo, sino tener que dedicarlas a una labor pesada y enojosa. La redacción del

Diccionario de la Conversación me aburre en extremo. Verme forzado a escribir sobre lo que no he estudiado, es cosa que con frecuencia me descorazona y subleva. Si pudiera encontrar algo más productivo y menos trabajoso, mi ambición quedaría de momento más satisfecha; pero, ¡ay!, veo esto tan difícil. [...] ¡Hay aquí tanto egoísmo! [...] Reconocerán en ti talento, profundidad de ideas, grandeza de sentimientos, y te alabarán tal vez con torpeza; lo que no harán jamás será tender el brazo para levantarte, como si temieran que puedas alcanzar la altura en que ellos se encuentran. ¿Me estaría bien, a mí, manifestar las muchas alabanzas y los encomios excesivos que me han valido mis dos artículos sobre Bellas Artes? Pero ¿qué saco de tanta adulación? Serán tal vez estas alabanzas semillas fecundas para el porvenir; pero mientras tanto, el presente no tiene nada de halagador. Buscan con afán mis escritos, y los redactores de *El Renacimiento* no dejan de empujarme para que continúe desarrollando las ideas expuestas en mi artículo primero; pero, ¿cómo he de sentirme animado a hacerlo si no influyen en los más mínimo a mejorar mi presente? Antes que todo es vivir»⁹.

27

Muy pronto intentó establecer lazos madrileños con conexiones barcelonesas. Así conoció a los hermanos Madrazo, que se dedicaban a la edición de periódicos. En uno de ellos, llamado *El Renacimiento*, Pi publicó tres artículos sobre estilos arquitectónicos. Uno en general y los otros dos sobre la India y Egipto. Consiguió un buen pago por estos trabajos, pero *El Renacimiento* no tardó en cerrar, ya que las suscripciones no cubrían los gastos de impresión.

Durante un tiempo, escribió críticas de teatro y de libros en *El Correo*, propiedad de Patricio de la Escosura, miembro

9 Citado en Antoni Jutglar, «Estudio Preliminar» a *La Reacción y la Revolución*, Anthropos, Barcelona, 1982, pp. 17 y ss.

del Partido Moderado. Un día, por error, le encargaron una pieza sobre un decreto de reforma administrativa elaborado por Escosura, por entonces ministro de Gobernación de Florencio García Goyena, presidente del Consejo de Ministros. El escrito de Pi elogiaba el decreto por la preponderancia que daba al elemento civil sobre el militar y cuestionaba el papel antidemocrático ejercido por este último estamento. Esta línea argumental, presentada en el propio periódico del ministro, produjo una fuerte crisis de Gobierno. A resultas de ello, Isabel II cesó de manera fulminante a García Goyena y lo reemplazó por Narváez. Los redactores declinaron su responsabilidad, el periódico tuvo que cerrar y Pi tuvo que esconderse para evitar la prisión.

En medio de estos escarceos políticos, fue haciéndose un nombre en Madrid. En las reuniones a las que asistía recibía halagos por su arte como escritor o traductor. Pero los elogios no conducían necesariamente a un trabajo dignamente pagado. «¿Cómo pueden satisfacerme todas estas distinciones», insistía en sus cartas a Mestres, «si por una parte me veo condenado a complicar y traducir horas y más horas, y después de tan penosas fatigas llego justo para poder comer?».

Pi lo confiaba todo a su proverbial persistencia, pero las dificultades no eran pocas. Al mismo tiempo, y a pesar de los infortunios, comenzaba a ganar un cierto embeleso por Madrid: «No creas que por todo esto desfallezca ni piense remotamente en abandonar esta Corte, de la que empiezo a sentirme plenamente enamorado: estoy resuelto a apurar hasta los extremos todo lo bueno o lo malo de mi destino; trato de ver si las predicciones de mis amigos y los presentimientos de mi corazón llegan a su debido cumplimiento».

Los contactos barceloneses continuaron siendo inexcusables cuando los trabajos de la pluma comenzaron a escasear. La precaria situación económica obligó a Pi a abandonar ciertos pruritos. Un financiero barcelonés de apellido Martí le ofreció un empleo en una Casa de Comisiones y

Banca. Aceptó. El sueldo como director de la sucursal le facilitó acabar la carrera de abogado y obtener un título que le permitiera ejercer.

El contacto con la banca lo obligó a adentrarse en un mundo desconocido, que requería habilidades prácticas muy específicas. La experiencia no duró mucho. Con la crisis de 1847, la empresa se hundió. Pi sintió una cierta culpa por ello. En un detalle que muestra su probidad, ofreció a los síndicos de la quiebra 64.000 reales, cuando solo le reclamaban 8.000. Al acabar el día, se encontró sin empleo y con 80 reales por todo capital.

Cuando el destino solo le enviaba señales aciagas, se topó con una oportunidad imprevista. En 1848, falleció el romántico catalán Pau Piferrer, quien por entonces escribía una obra titulada *Recuerdos y bellezas de España*. El editor, Francesc Parcerisa, encomendó a Pi que continuara el trabajo y que concluyera un volumen sobre «Cataluña». La redacción de este capítulo sería su primera obra importante como escritor. Tras ultimar el tomo dedicado a Cataluña, escribiría además los de Asturias, Castilla la Nueva, Granada, Almería y Jaén. Esto le dio una oportunidad para viajar y documentarse sobre pueblos y ciudades que hasta entonces solo conocía a través de libros.

Este nuevo período de su vida coincidió con las revoluciones europeas de 1848, conocidas como la «primavera de los pueblos». Aquella oleada de cambios sociales fue clave para enterrar el predominio absolutista, reaccionario, que se había impuesto con el Congreso de Viena. En diferentes países de Europa tuvieron lugar levantamientos liberales y republicanos con un fuerte contenido democratizador. También se alzaron banderas de liberación nacional y se produjeron las primeras muestras organizadas del movimiento obrero.

En ese contexto de ascenso revolucionario en Europa, Pi realizó sendos viajes a Andalucía para estudiar los monumentos del arte árabe. En alguna ocasión lo hizo acompañado por el novelista sevillano Manuel Fernández y González. Cuando

se leen las páginas de su «Granada», se advierten los avances que Pi iba realizando en el manejo de una lengua que no era la suya materna. La prosa concisa y sencilla que caracterizaría su posterior estilo literario iba desplazando paulatinamente las filigranas de influencia romántica.

Estos viajes serían decisivos para asentar en Pi la mirada federal que ya traía de Cataluña, influida por el ejemplo y las ideas de Xaudaró o de Terrades. También para acercarlo más a la política. En 1849, con 25 años, ingresó en el Partido Demócrata de la mano de Estanislao Figueras.

El propio Figueras, jurista y más moderado que Pi desde el punto de vista temperamental, se había incorporado a esta organización al calor del ciclo revolucionario de 1848. Dentro de este, se movía entre los que asociaban democracia con república y esta con la consumación de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pi coincidía con los lineamientos básicos del nuevo partido. La defensa de las libertades públicas, el sufragio universal, la desamortización de todos los bienes de la Iglesia y la abolición de las odiosas levas conocidas como «quintas». No obstante, le incomodaba que mantuviera su lealtad a Isabel II. Sus esfuerzos, pues, se dirigieron a conseguir que el Partido Demócrata se asumiera republicano e hiciera suyos los intereses del «Cuarto Estado», que incluía tanto a las clases proletarias y populares como a ciertos sectores medios vinculados a ella.

En 1851, mientras dominaba en España la fracción más intransigente del Partido Moderado, encabezada por el famoso Conde de San Luis, Pi escribió su primer trabajo de envergadura filosófica e ideológica: unos *Estudios sobre la Edad Media*, que se integraron en la *Historia de la pintura en España*, editada en 1852 por los hermanos Marini, italianos.

Un librepensador enfrentado al clero

La *Historia de la pintura en España* fue uno de los primeros escritos de afirmación filosófica e ideológica de Pi. No solo reflejaba una auténtica filosofía de la belleza. También contenía una visión social de la pintura y, sobre todo, de la religión. El proyecto contaba con muchos suscriptores, entre los que se encontraban varios obispos. Esto podría haber llevado a Pi a autocensurarse. Consciente o inconscientemente, no lo hizo. Por el contrario, exhibió por vez primera su faceta de librepensador radical, contundente en su oposición al dogmatismo religioso.

En la *Historia de la pintura en España* Pi hablaba con soltura y creatividad del cristianismo, de la civilización antigua y de filosofía. De hecho, confesaba que la filosofía había estremecido su mirada del mundo y de la religión:

«Nuestras creencias han caído al soplo de la filosofía como las hojas de los árboles al impulso de los vientos de otoño; nuestra fe, si no se ha extinguido, está cuanto menos entre cenizas; las sombras del escepticismo cubren nuestra alma con un velo fúnebre; en torno nuestro apenas vemos más que tinieblas y la nada; luchamos aún en el pasado y buscamos un porvenir construido sobre nuevas bases»¹⁰.

31

Pi señalaba sin reparos que el nivel de la pintura en España durante la Edad Media había sido pobre. Con una mirada materialista, lo atribuía a las constantes guerras de la monarquía con los moriscos, contra el pueblo llano, e incluso contra cualquier atisbo de burguesía que surgiera al amparo de la industria y el comercio. Ante ese panorama desdichado, Pi realizaba continuas incursiones a Italia, donde se encontraba, en su opinión, buena parte de las fuentes de

¹⁰ Francisco Pi y Margall, *Historia de la pintura en España*, Manini Editores, Madrid, 1852, pp. 3 y ss.

inspiración españolas. Se detenía con precisión y finura en el Miguel Ángel de *El Juicio Final* o de *La creación*; o en el Rafael de Urbino de *La sagrada familia*, *La Virgen de la silla*, *La bella jardinera* o *El pasmo de Sicilia*.

En el fondo, Pi consideraba que el principal obstáculo para la generación de un arte libre en España había sido la Iglesia católica, asfixiante y muy ligada a la monarquía. «¿Qué influencia», escribía sin circunloquios, «ha de ejercer en la mejora física ni moral del hombre un sistema puramente religioso? Incapaz el pueblo de penetrar en el fondo de una doctrina envuelta de sombras y misterios no se fija sino en las formas, y cree a poco haber cumplido los deberes que le impone con sólo entrar en el templo y pronunciar maquinalmente fórmulas cuyo sentido ignora»¹¹.

El tono frontal de estos estudios medievales no dejaba de ser temerario. Es verdad que no cargaba contra la figura de Jesucristo. Pero su ataque al catolicismo de Estado era brutal: «Lo que en nuestra opinión más ha perjudicado la idea capital del Evangelio», sostenía, «es el dualismo del cielo y de la tierra». Esta concepción, según Pi, traía consigo una consecuencia peligrosa: «La creación de un poder espiritual en la sociedad: la Iglesia». La infalibilidad atribuida a una institución terrenal con intereses de poder acabaría embruteciendo la religiosidad del pueblo. «No pudo conocerla sino superficialmente», la practicó «automática e inconscientemente» y «la materializó de la manera más ridícula y mezquina».

A lo largo de su escrito, Pi distinguía las doctrinas del Evangelio de los dogmas de la Iglesia. Las primeras no eran originales. Estaban influidas por ideas platónicas, estoicas, epicúreas, alejandrinas y esenias. Jesucristo, en su opinión, no había venido a crear dogmas nuevos, sino a depurar los existentes, «dándoles vida y poesía, y lanzándolos al mundo desde lo alto de una cruz». Esta potencialidad transformadora,

11 Francisco Pi y Margall, *Estudios sobre la Edad Media*, Casa Hernando, Madrid, 1928, p. 34.

constataba Pi, había sido neutralizada por el poder jerárquico otorgado a la Iglesia, una institución creada bajo el influjo de Pablo de Tarso a imagen y semejanza del Imperio romano. Con ese cambio, la revelación había acabado reemplazando progresivamente a la razón. La búsqueda de la verdad había dejado de ser un objetivo. Al final, de lo que se trataba era de transmitir unos dogmas discutibles simplemente porque así habían sido «revelados» a las autoridades eclesiásticas.

Obviamente, el ensayo tenía otras páginas deliciosas, como las dedicadas a la pintura italiana. Con 27 años, Pi era capaz de ofrecer un informado contrapunto entre Rafael y Miguel Ángel. Nada de esto trascendió. Fue su crítica al catolicismo lo que desató un choque frontal con los obispos y el alto clero.

La respuesta de estos últimos no se hizo esperar. Sobre todo, porque las opiniones de Pi llegaban en un momento en el que la Corona y la Santa Sede acababan de firmar un Concordato. En él se afirmaba que la religión católica era la única permitida, con autoridad incontestable sobre la vida cultural del país. Amparado en esas bases, el obispo de Barcelona denunció furioso el trabajo de Pi. La jerarquía católica hizo el resto: lo condenó públicamente y acabó incluido en la lista de libros prohibidos. El gobierno de Bravo Murillo, por real decreto, ordenó que se retiraran del mercado los ejemplares impresos y vetó nuevas ediciones.

«Como escritor», afirma Pablo Correa Zafrilla, uno de los discípulos más inteligentes de Pi, «no lo hubo en España tan valiente. Antes de 1851, nadie había llegado en este país a hacer la crítica racional del cristianismo y de la Iglesia. Él lo hizo en la *Historia de la Pintura* con la misma independencia, por lo menos, que posteriormente Strauss en Alemania y Renan en Francia»¹².

En parte era así. Pero España no era Francia. Ni la revolución de 1789 había pasado por ella, ni había dado un

12 Pablo Correa Zafrilla, «Biografía política de Pi y Margall», op. cit., p. 14.

Robespierre. Pi, barcelonés con pocos años en Madrid, decidió pensar a contracorriente de una de las instituciones más poderosas del Estado. Es difícil saber si sabía a lo que se exponía, pero lo hizo plenamente consciente. En el final de su *Estudios sobre la Edad Media* lo reconocía de forma abierta: «Se nos acusará de audaces; pero no tememos estas acusaciones siempre frívolas. El escritor público debe dejar a un lado toda consideración y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar, deber romper su pluma, jamás escribir una palabra contra sus propias convicciones. Emplearla así es un delito. Sólo el hombre que ha llegado al último grado de envilecimiento puede ponerla al servicio de cualquier idea, a merced de todo el mundo»¹³.

Analizada en el contexto de la época, la mirada de Pi coincidía con la de los hegelianos de izquierdas germánicos, como Bruno Bauer o Ludwig Feuerbach. Había estudiado el alemán precisamente para poder leerlos. Su mirada sobre la cuestión religiosa acabó siendo la de un librepensador con afinidades panteístas, a la manera del filósofo de origen sefardí, Baruch Spinoza. Defendió con determinación la separación entre Iglesia y Estado, propugnó la libertad de cultos y fue respetuoso con ciertas formas de religiosidad popular que podían tener un contenido liberador.

Muchas décadas más tarde, la dirigente anarquista Federica Montseny comentaría con admiración este aspecto del pensamiento de Pi: «Su panteísmo es un panteísmo filosófico y naturalista, más ligero y aún más sereno que el que inauguró Spinoza. Es un panteísmo sano, de amor a la vida, que se sintetiza en un nombre como podría sintetizarse en otro: Dios o Naturaleza llama indistintamente Pi y Margall a la armonía universal, al gran Todo que nos mueve y arrastra hacia una meta sin fin»¹⁴.

¹³ Ibid., p. 15.

¹⁴ Federica Montseny, «Prólogo» a *La Reacción y la Revolución*, La Revista Blanca, Barcelona, 1932, p. 7.

Obviamente, el panteísmo de Pi implicaba mucho más que una reflexión filosófica. Sus críticas a la Iglesia católica dejarían una marca en su apellido. Los ataques a su reputación se extenderían más allá de lo visible. «¡Ojalá», llegó a escribir, «que todos los ataques injustos me viniesen por la imprenta! No son ciertamente estos los temibles; los temibles son los que se me dirigen por la espalda, los que se hacen sentir sin que me sea posible descubrir quién los formula, los que están fuera del alcance de todo tribunal y de toda ley, y me arrebatan, sin embargo, mis amigos, destruyen el efecto de mis palabras, me presentan hasta ante mi familia cubierta la frente con el velo sutil de la sospecha»¹⁵.

Su contribución a la *Historia de la Pintura* no solo marcó una inflexión ideológica sino estilística en Pi. De pronto, su estilo, sus construcciones, comenzaban a adquirir un sello propio. Según Rovira, la que emergía era su «alma catalana», emparentada con figuras como Ramon Llull o Arnau de Vilanova. Azorín, en cambio, siempre pensó que fueron los clásicos castellanos, de Tirso a Calderón, quienes moldearon la pluma que comenzaba a hacerse característica en él. Quizá hubo una mezcla de ambas cosas. De su propia biografía barcelonesa, de sus lecturas, y también de su paso por Madrid y por diferentes rincones de España.

Los ataques sufridos por sus opiniones filosóficas y religiosas, en cualquier caso, no lo amilanaron. Lo hicieron girar hacia un periodismo más desenfadadamente político y radical. «La opinión pública», escribiría altanero poco después, «no pesa más que mi conciencia. Esta me da a mí una dignidad que sobra para destruir todo el efecto de esta misma opinión, que, no por ser pública, deja de ser o bárbara o estúpida»¹⁶.

Tras la censura sufrida por la *Historia de la pintura*, el editor de *Recuerdos y bellezas de España* le pidió que rectificara

15 Francisco Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, ed. Antoni Jutglar, Anthropos, Barcelona, 1982, p. 219.

16 *Ibid.*, p. 221.

para que los suscriptores no retiraran sus aportaciones y para poder seguir escribiendo. No quiso hacerlo. A pesar de su precariedad, intentó publicar un nuevo trabajo, *¿Qué es la economía política? ¿Qué debe ser?*, influido por sus tempranas lecturas del anarquista francés Pierre-Joseph Proudhon. La fiscalía se lo impidió, aunque tampoco eso lo detuvo.

Por ese entonces, Pi encontró en un Proudhon una inspiración decisiva de su mirada republicana y liberal-libertaria de la realidad. Le ayudó a dar consistencia teórica a su crítica de la Iglesia y de la propiedad, así como de la propia monarquía. Su republicanismo fue adquiriendo claras connotaciones socializantes y anarquizantes. Lector voraz y dueño de un estilo cada vez más suelto como escritor, Pi no tardó en hacerse un hueco en algunas célebres tertulias literarias de Madrid. El retorno a los trabajos de encargo fue inevitable, aunque eran más coherentes con sus inclinaciones profesionales. Durante un tiempo, publicó artículos con pseudónimos y escribió colaboraciones históricas y jurídicas para la *Enciclopedia de legislación y jurisprudencia*. Con medios muy escasos, encontró el amparo de otro barcelonés, el editor Manuel Rivadeneyra. Gracias a su mediación, publicó en la Biblioteca de autores españoles un notable discurso crítico sobre el célebre jesuita Juan de Mariana¹⁷.

El Pi librepensador que se había atrevido a chocar con la jerarquía eclesiástica encontró en Mariana una figura atractiva en su heterodoxia. Esta afinidad sería más nítida, desde luego, con figuras como Bartolomé de las Casas. El anticolonialismo de Pi no se explicaría sin su familiaridad con las invectivas que el fraile sevillano dirigió a lo que llamó la *Destrucción de las Indias*. Su atracción por Mariana obedecía a razones similares. Pi encontraba incongruente su catolicismo, pero le reconocía gran coraje dentro del asfixiante ambiente de la Iglesia de su tiempo. «[Mariana] se .distinguía en muchas

17 Véase Francisco Pi y Margall, «Juan de Mariana», en *Amadeo de Saboya*. *Juan de Mariana*, El Progreso Tipográfico, Madrid, 1890, pp. 81 y ss.

de sus producciones», llegó a escribir, «por la libertad de sus juicios. Católico, denunciaba los abusos de la Iglesia; monárquico, defectos de los reyes; jesuita, vicios de su Orden»¹⁸.

Nuevamente, su agnosticismo y su anticlericalismo no le impedirían poner en valor los elementos emancipadores que contenían las grandes religiones. Desde el budismo y el brahmanismo hasta el judaísmo primitivo y el Evangelio de San Juan. También apreciaba especialmente a quienes eran capaces de defenderlos dentro de las iglesias de Estado. Este era el caso de Mariana. Pi admiraba sus osados comentarios sobre la monarquía o sobre el derecho a la rebelión frente a las tiranías. Los encontraba más incisivos que los de muchos progresistas de su tiempo. «Los Reyes», constataba Pi, «no son para él legítimos, sino deben su autoridad a la República. Ningún dominio tienen sobre la hacienda de los súbditos, y no pueden tomarla ni disminuirla, como no se lo consienta la nación reunida en las Cortes».

La manera en que Mariana, al igual que De las Casas, postulaba la necesidad de republicanizar la monarquía, le causó una fuerte impresión. También que, en situaciones de abierta opresión, defendiera el derecho de los pueblos a la insurrección e incluso al tiranicidio. A través de su lectura, Pi comprendió por qué Mariana había influido tanto en John Locke y en las revoluciones antiabsolutistas inglesas y francesa de los siglos XVII y XVIII. «La autoridad de la nación la tiene Mariana en tanto», constataba un admirado Pi, «que contra el rey usurpador halla lícita en todo caso la violencia. Ve en la nación, como los más ardientes liberales de nuestros días, la única fuente del poder público»¹⁹.

18 Ibid., p. 84.

19 Ibid., p. 91.

Teórico de una revolución libertaria (1854-1866)

Tras su entrada en el Partido Demócrata, Pi comenzó a colaborar con el despacho jurídico de Figueras. En décadas, su bufete se convertiría en una referencia de la abogacía republicana. Más allá de las tareas profesionales que allí se realizaban, operaba como centro de acción política y como espacio de acogida de la militancia democrática.

Pi se incorporó a estas tareas a desgana, *pane lucrando*. Mientras, continuó escribiendo y se implicó con afán a la vida de partido. Su posición republicana era contraria a la de la plana mayor, comenzando por la del sevillano Nicolás María Rivero, jefe indiscutido en aquel momento. A pesar de eso, comenzó a participar en la junta central como representante por Tarragona. También aprovechó algunos viajes a Andalucía para hacer proselitismo y para poner en marcha el primer comité demócrata de Córdoba.

Estos viajes, como los que posteriormente realizaría a Castilla o al País Vasco, fueron familiarizando a Pi con la realidad sociológica y geográfica de diferentes pueblos peninsulares. Esta experiencia vital, sumada a la mirada catalanista que Pi tenía sobre la realidad, consolidaron sus ideas federales.

En qué medida contribuyó cada uno de estos elementos a definir el posicionamiento federal de Pi es una cuestión abierta. De manera acaso exagerada pero sugerente, Claudio Sánchez Albornoz sostiene que fue tras pasar por Castilla cuando Pi alumbró su singular proyecto federal. Este proyecto sería una suerte de tercera vía «entre el particularismo

catalán y el universalismo castellano». Para el presidente de la Segunda República en el exilio, «en la dramática contienda que se libraba en el espíritu de Pi y Margall, formado en el regionalismo periférico, entre la fuerza centrífuga, mediterránea y catalana, y el ímpetu universalista de Castilla, que le señoreaba desde su llegada a las tierras madrileñas, la historia medieval vino a poner paz, y dar, acaso, la fórmula armónica de su federalismo»²⁰.

Durante las décadas de 1850 y 1860 un nuevo republicanismo popular, distinto del de los notables y profesores, comenzó a abrirse camino. El esfuerzo cultural de los republicanos letrados por educar al pueblo y prepararlo para la ciudadanía activa explica su impacto entre los trabajadores. Pi fue uno de estos republicanos. Desde el Partido Demócrata, agudizó su capacidad de pedagogía política. Era uno de los pocos miembros de ese espacio capaz de esbozar algo más que unas pocas líneas de actuación. Lo suyo era un ideario, un corpus político-filosófico al que su estilo imprimía vigor y eficacia comunicativa. La revuelta de julio de 1854 le ofreció una plataforma única para difundirlos. Y lo convirtió, por mérito propio, en portavoz del ala radical, antimonárquica y socialista, del Partido Demócrata.

El compromiso de Pi con los levantamientos municipalistas de 1854 fue completo. Lo que ocurría esos días en las calles de Madrid tenía para él reminiscencias de las revueltas callejeras protagonizadas por las mujeres y hombres de la Jamancia, en Barcelona, más de una década atrás.

En Madrid, la revuelta de 1854 fue conocida con el nombre de Vicalvarada. Se inició en el mes de junio con un enfrentamiento entre las tropas de Leopoldo O'Donnell y el ejército monárquico en las cercanías del pueblo madrileño de Vicálvaro. Su principal efecto fue poner contra las cuerdas a la madre de la reina, María Cristina de Borbón, y a sus

20 Claudio Sánchez Albornoz, «Pi y Margall y Castilla», *Ensayos sobre historia de España*, Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 149 y ss.

camarillas. También dio paso al llamado Bienio progresista de 1854-1856, en el que Espartero y el Partido Progresista dirigieron la política de España.

Sin embargo, el arrojo demostrado por las capas populares durante aquellas revueltas no fue correspondido por los dirigentes. Ni por los dubitativos líderes del Partido Progresista ni por los del Partido Demócrata. A despecho de las ambigüedades de sus correligionarios, Pi decidió implicarse en esos levantamientos, con la esperanza de que estos se convirtieran en una auténtica revolución. Su corta experiencia partidista le había mostrado el lado oscuro de las desgastantes y a menudo estériles rencillas internas. Los hechos de julio le revelaron algo diferente. El coraje de unas clases populares que, sin mayores cálculos de por medio, desbordaban a los partidos y se lanzaban a las calles dispuestas a poner el cuerpo en defensa de aquello por lo que luchaban.

Viendo que el pueblo se batía sin tener un líder al frente, Pi se ofreció a buscar un general que diera fuerza a su lucha. No lo encontró, pero se situó del lado de los sublevados. Al constatar que la Junta pretendía desactivar cualquier programa de transformación política y social, decidió poner su pluma al servicio de la protesta popular. El resultado fue un panfleto que acabaría circulando profusamente en Madrid. Llevaba por título *El Eco de la Revolución* y estaba fechado el 21 de julio de 1854.

Se trataba de un texto redactado en un castellano conciso, punzante y elocuente. No era el escrito de un hombre de partido. Era el panfleto de un activista. Una hoja republicana que destacaba la potencialidad constituyente popular por encima del interés de tribunos o grupos políticos singulares: «Pueblo:», comenzaba la proclama, «después de once años de esclavitud has roto al fin con noble y fiero orgullo tus cadenas. Este triunfo no lo debes a ningún partido, no lo debes al ejército, no lo debes al oro ni a las armas de los que tantas veces se han arrogado el título de ser tus defensores y caudillos. Este triunfo lo debes a tus propias fuerzas [...] a ese valor

que desde tus frágiles barricadas ha envuelto en un torbellino de fuego las bayonetas, los caballos y los cañones de tus enemigos. Helos allí rotos, avergonzados, encerrados en sus castillos, temiendo justamente que te vengues de su perfidia, de sus traiciones, de su infame alevosía. Tuyo es el triunfo, Pueblo, y tuyos han de ser los frutos de esta revolución»²¹.

El lenguaje, el estilo, podía ser el de los oradores republicanos de la antigüedad. No pretendía ser sarcástico, sino contundente. En su alocución, Pi procuraba cargar a los manifestantes de razones para no abandonar las calles: «Tú eres el que en los alquileres de tus pobres viviendas pagas con usura al propietario la contribución de inmuebles; tú el que en el vino que bebes y en el pan que comes satisfaces la contribución sobre los consumos; tú el que con tus desgraciados hijos llenas las filas de ese ejército destinado por su impía disciplina a combatir contra ti y a derramar tu sangre».

Limitación de alquileres, supresión de los impuestos indirectos, abolición de la leva obligatoria en un ejército concebido para reprimir a los más vulnerables. Esas eran las banderas que Pi, con solo treinta años, ponía en manos del pueblo alzado en las calles. Esas y la República federal, que aparecía por primera vez como una reivindicación explícita en su obra escrita.

Para reforzar la indignación del pueblo, Pi desnudaba los privilegios de clase sobre los que se asentaba su situación miserable: «Tú, que eres el que más trabajas ¿no eres acaso el que más sufres? ¿Qué haría sin ti toda esa turba de nobles, de propietarios, de parásitos que insultan de continuo tu miseria con sus espléndidos trenes, sus ruidosos festines y sus opíparos banquetes? Ellos son, sin embargo, los que gozan de los beneficios de tu trabajo, ellos los que te miran con desprecio [...] los que [...] se muestran siempre dispuestos a remachar los hierros que te oprimen».

21 Francisco Pi y Margall, «El Eco de la Revolución», *La Reacción y la Revolución*, op. cit., pp. 445 y ss.

El Eco de la Revolución no pretendía instar a un simple cambio de gobierno. Exigía un cambio de régimen. Precisamente por eso, y en la línea republicana de Maquiavelo, instaba al pueblo a no dejar las armas hasta conseguir una reforma fiscal radical y unas Cortes Constituyentes elegidas mediante sufragio universal.

El improvisado folleto corrió como reguero de pólvora en cafés y plazas públicas. Su éxito generó el encono de moderados y progresistas, que no tardaron en dirigir sus dardos contra su autor. La Junta presidida por el general Evaristo San Miguel, autor en otro tiempo de la letra del *Himno de Riego*, ordenó su detención. Mientras lo conducían al exconvento de los basilios, fue insultado por los defensores de las barricadas. No lo conocían y pensaron que se trataba de un traidor. Aunque alguien llegó a pedir su cabeza, apenas estuvo preso unas tres horas y fue liberado gracias a los oficios del republicano gallego Eduardo Chao.

Al final, las revueltas se saldaron con el exilio de María Cristina. Espartero regresó a la presidencia del Consejo de Ministros. Demócratas y progresistas dieron su visto bueno. El movimiento popular, en cambio, se sintió frustrado en sus demandas de cambio. Para decepción de Pi, un sector de los demócratas procuró hacerse simpático a Isabel II y defendió que el partido adoptase el confuso nombre de «democrático-progresista». Pi se opuso en redondo. Insistió en que la forma de gobierno obligada en una democracia real era la República. También sostuvo que el liberalismo político negado por los absolutistas y afirmado limitadamente por los constitucionalistas debía hallar en los demócratas un apoyo decidido.

La actitud de Pi removió posiciones en su propio partido. Su arrojo y la solidez de sus ideas lo convirtieron en candidato por Barcelona en las elecciones a Cortes Constituyentes de octubre de 1854. El propósito de dichos comicios, que se rigieron con la Ley electoral de 1837, era elegir unas Cortes formadas solo por el Congreso de los Diputados, de manera que el Senado no pudiera ejercer su presión conservadora. Pi tuvo

como contrincante a Prim, presentado por la coalición progresista que lideraban Espartero y O'Donnell. Olvidando quizá que la ley electoral preveía un sufragio restringido, Pi presentó su candidatura con una carta-programa republicana y socialista. El programa agradó a los trabajadores, que no votaban, e irritó a los propietarios, que sí lo hacían. Prim se impuso y logró el escaño, aunque solo por 400 votos de diferencia.

Para ese entonces, las ideas republicanas y federales comenzaban a abrirse camino en el Partido Demócrata. Hubo un caso interesante, el del abogado ampurdanés Joan Baptista Guardiola, formado junto a Abdó Terrades. A diferencia de Pi, Guardiola sí fue escogido diputado a las Cortes Constituyentes, con una alta votación. Poco después fue secretario del Ayuntamiento de Barcelona, cargo del que le forzaron a dimitir por colaborar con los sindicatos obreros durante la huelga general de 1855.

Unos años antes, en 1851, Guardiola había publicado en Barcelona *El libro de la democracia*. Sus reflexiones constituían una de las primeras afirmaciones teóricas del carácter plurinacional del Estado español y de su articulación en comunidades soberanas federadas. Para Guardiola, de lo que se trataba era de «armonizar de una manera fraternal y elevada las pretensiones de nuestras antiguas provincias». Esta constatación lo llevaba a afirmar que «España no es, en riguroso y buen sentido de la palabra, una sola nación, sino un haz de naciones»²². Esta idea se sostenía en una mirada crítica de la artificial reforma provincial de 1833. A esta «uniformidad», hija de «la fuerza y de las malas pasiones de los hombres», Guardiola oponía una «unidad» que, siendo «hija de la libertad», respetara y reconociera la pluralidad nacional²³. Para Guardiola, estaba clarísimo que había «asociaciones naturales, ya descuartizadas, ya desfiguradas con el

22 Joan Baptista Guardiola, *El libro de la democracia*, Imprenta Oliveres, Barcelona, 1851, p. 63.

23 *Ibid.*, p. 66.

nombre de provincias, que tienen elementos de vida y personalidad propias, que son realmente naciones, y yacen no obstante desatendidas y ahogadas por nuestro actual sistema de centralización»²⁴.

Pi hizo suyo este análisis. Siempre entendió que las antiguas provincias, tal como existían antes de la reforma de Javier de Burgos, habían sido naciones. También para él, como para Guardiola, España era «un haz de naciones». Una nación formada, incluso, pero incompleta, ya que convivía con otras naciones en el espacio peninsular.

La Reacción y la Revolución: una crítica radical del poder

Tras la experiencia de *El Eco de la Revolución*, Pi centró sus energías en contrarrestar los titubeos e inconsistencias de los demócratas, cuyo comité central había reconocido a Espartero. Para concretar ese empeño, escribió su primera obra política: *La Reacción y la Revolución*. Se trataba de un texto vibrante, en cuyas páginas sistematizaba por vez primera sus reflexiones en torno a la libertad y el poder, el republicanismo y el federalismo, la laicidad y el socialismo. Y lo hacía vinculando la viabilidad de estos ideales a una exigencia de fondo: la de la revolución, es decir, la de una transformación profunda de las relaciones sociales, políticas y económicas. Con ánimo de justificar su empeño escribiría:

«Quería despertar en vosotros una creencia, y más aún que una creencia, una actividad filosófica de la que, por desgracia, carecemos en España. En otros lugares esta

24 Ibid., p. 62. A propósito de Guardiola véase, también, Leandre Colomer, *Catalunya i el Federalisme*, Eumo, Barcelona, 1991; Xavier Domènech, *Un haz de naciones: el Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*, op. cit., p. 73.

actividad ha engendrado la revolución y la ha hecho irresistible; aquí, como no existe, aún tenemos una revolución que carece de base. Apresurémonos a darle una»²⁵.

La Reacción y la Revolución fue eso: un intento de impulsar y de dar fundamentos a la causa republicana. Presentaba una redacción apresurada, no destilada, cargada de apuntes enérgicos y, a pesar de ello, con una clara coherencia interior. Hennessy la definió como «un hito en el pensamiento político español, no solo como texto para los posteriores anarquistas y demócratas izquierdistas españoles, sino porque presagiaba un fenómeno nuevo en España: el de los pensadores cuya actividad política se determinaba por una teoría intelectual»²⁶.

El libro tenía dos partes. La primera se titulaba «La política». La segunda llevaba por título «La administración», y planteaba los problemas prácticos que se desprendían del ideario democrático presentado en la primera. Pi pretendía incorporar una tercera parte, dedicada a la economía. No llegó a publicarse. Las dos primeras, aparecidas en forma de fascículos, fueron secuestradas por orden de la censura, que prohibió su difusión.

Nada de esto sorprendería a Pi. Nada hizo, tampoco, por rehuir a su compromiso. Con suficiente experiencia como activista vigilado y censurado, sabía lo que este nuevo texto le podía deparar. No lo ocultaba. Quería dejar clara la sinceridad de su empeño. Explicar a sus lectores que les hablaba con la verdad, no como un hombre de partido que buscaba cargos.

«Soy demócrata pero el espíritu de partido no prevalecerá nunca en mi voz sobre la verdad. Diré con la mano en el

25 Francisco Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, op. cit., p. 293.

26 C.A.M. Hennessy, *La República Federal en España: Pi y Margall y el movimiento republicano federal (1868-1974)*, Aguilar, Madrid, 1966, p. 18 (hay edición en Catarata, de 2010).

corazón todo lo que siento acerca de los hombres y las cosas. Las iras del poder no me amedrentan; la idea de que voy a comprometer mi porvenir no pesa un solo adarme en la balanza de mis juicios»²⁷.

Con *El Eco de la Revolución* había tomado conciencia de que las palabras, si eran valientes y tocaban los corazones, podían mover a la acción. Incluso si eso molestaba a algunos: «Se me ha dirigido no pocas veces», sostenía esta vez, «el cargo de que escribo con virulencia, y hasta mis amigos y correligionarios [del Partido Demócrata] me han aconsejado que temple algún tanto la ruda energía de mis formas; mas confieso que no está en mi mano. La fuerza de mi lenguaje es y será siempre proporcionada a la fuerza de mi idea». Y apelando a sus destinatarios, añadía: «Témplela el lector, si sabe y puede. Mas ¿influye acaso tanto la forma? Muy desgraciado ha de ser el que se asuste de palabras y no de pensamientos. Para hombres tales no escribo»²⁸.

Muchos de los críticos de Pi quisieron ver en su lenguaje rigidez y cerrazón. Aquí comenzó a fraguarse la idea de un hombre frío e inflexible, obcecado en la defensa de sus dogmas e inasequible a la más mínima rectificación. No era eso. Era algo distinto. La convicción de que sus palabras conectaban con el sentido de una época. Podía polemizar, podía adentrarse en nuevos debates, pero manteniéndose firme en el eje ético-político de su pensamiento.

La Reacción y la Revolución resulta fundamental para entender el impacto del pensamiento progresista, de orientación hegeliana, en ciertos ámbitos de la izquierda de la época. «Todo deriva de la idea», dice Pi, citando al teólogo Felicité Robert Lamennais, «y la historia del mundo no es más que la historia de su desenvolvimiento. Las revoluciones

27 Francisco Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, op. cit., p. 65.

28 *Ibid.*, p. 66.

son una manifestación permanente de las leyes inmutables que gobiernan el progreso indefinido del espíritu humano»²⁹.

Pi rechazaba las ideas de Giambattista Vico sobre el desarrollo circular de la historia y se reconocía en la del progreso histórico defendida por Hegel. La tesis central del libro era muy directa: «Tomo la pluma para demostrar que la revolución es la paz, la reacción la guerra». La revolución, en efecto, era para él un movimiento imprescindible para expandir la libertad de los individuos. La reacción, el conjunto de relaciones de poder que impedían ese propósito.

Para este joven Pi, había tres instituciones emblemáticas de la reacción: la Iglesia, la monarquía y la propiedad rentista. A ellas oponía la fuerza de la revolución. Una revolución política y social basada en la radicalización de la libertad personal y de la democracia.

En cierto modo, el Pi de *La Reacción y la Revolución* seguía siendo el joven catalán que había crecido, como diría luego, en «una región que fue nación», sin haber llegado a ser Estado. Escribía influido por el idealismo hegeliano, pero también por el anarquismo de Proudhon. De este último tomaba por ese entonces la crítica de todo poder y, de manera muy especial, su impugnación de la propiedad y de la economía dominante. De Hegel, el método de análisis y la mirada progresista sobre el sentido de la historia. Se desmarcaba de él, eso sí, en un punto esencial: el sacrificio de los individuos al Estado. En eso, estaba más cerca del humanismo de Kant. Se negaba a que las personas pudieran ser un mero instrumento de «la astucia de la razón». A que pudieran ser sacrificadas como medios para fines que lesionaran su dignidad. Por eso priorizó siempre el punto de vista de los individuos y su libertad. Y por eso, también, mantuvo sobre el poder una mirada recelosa y desconfiada.

Para aquel primer Pi, el poder suponía siempre una amenaza potencial a la libertad e introducía desigualdades y

29 Ibid., p. 139.

desorden en la vida social. De ahí que el objetivo de un proyecto republicano consistiera en minimizar el poder y en maximizar la libertad, a través de la creación de un orden nuevo. Para llegar a esta conclusión, Pi partía de la idea de que libertad y orden no eran incompatibles. Por el contrario, evocando a Charles Fourier, entendía que la perfección social consistía en la armonización progresiva entre libertad y orden. Y eso no era posible, en su opinión, sin «destruir al poder». O al menos, sin minimizar su presencia en las relaciones sociales.

Filosóficamente, el punto de partida de *La Reacción y la Revolución* era el reconocimiento de la soberanía individual. Pi la consideraba un principio sagrado. La soberanía individual, la libertad personal, eran los ejes de su concepción republicana y federal. «El hombre», escribía, «es libre [y] la libertad constituye su diferencia característica de los demás entes». Y añadía: «Nadie tiene derecho a reducir mi libertad sino yo mismo. Vivo en sociedad; mas no basta para que deba sujetarme a un poder que no he creado ni a leyes que no he hecho»³⁰.

Para este Pi temprano, conceptos como el de soberanía popular no pasaban de ser una ficción. Una ficción necesaria quizá, pero que no podía utilizarse para sacrificar la libertad personal. En la filosofía política de *La Reacción y la Revolución*, la soberanía individual era el principio de todo. No podía ser enajenada, como en Hegel o en Rousseau, a una voluntad superior. De ahí que las personas libres e iguales solo pudieran convivir entre sí a través del pacto, del consentimiento, nunca mediante una imposición del poder.

«Todo poder es un absurdo. [...] Entre dos soberanos no caben más que pactos. Autoridad y soberanía son contradictorias: a la base social autoridad debe, por tanto, sustituirse la base social contrato»³¹.

30 *Ibid.*, p. 181.

31 *Ibid.*, p. 246.

Esta concepción de la libertad llevaba, a priori, a una lectura negativa del poder. A partir de ella, Pi abordaba la crítica de tres fuentes de poder determinantes del bloque reaccionario de su tiempo: la Iglesia católica, la monarquía y la propiedad rentista. Contra ellas dirigía sus dardos más afilados. Lo hacía polemizando con los progresistas y con sus propios correligionarios demócratas, que no se atrevían a desmitificarlas y acababan apuntalándolas de manera resignada.

Al igual que en sus estudios sobre el arte en la Edad Media, el Pi de *La Reacción y la Revolución* desplegaba una crítica demoledora de la religión católica y de la Iglesia. No se trataba de una crítica a Jesucristo y a los valores del Evangelio, que siempre consideró compatibles con un republicanismo fraternal y socialista. Impugnaba el papel reaccionario de la jerarquía católica y de sus aliados económicos tanto en España como en Europa.

Pi tenía razones personales, además de intelectuales, para criticar a la Iglesia. Había padecido su censura. La sabía vinculada durante siglos a la Inquisición y a privilegios intolerables. La culpaba de una confusión con el trono que había conducido a una concepción nacional-católica.

Para Pi formaba parte de un problema más amplio: «Yo, lo digo francamente, soy enemigo de todo culto porque todos me parecen a cuál más estúpido; digo más, todos me parecen a cuál más apto para ahogar el mismo sentimiento religioso bajo fórmulas y símbolos que al fin nada significan para los que los ven o las recitan. Estoy en que si se debe adorar a Dios, ha de ser solo en espíritu y en verdad, como dijo Jesucristo»³².

Esta crítica tajante a la religión de Estado llevaba a Pi a postular una libertad de cultos que en la España de aquellos años resultaba un anatema. Frente a la religión en general, defendía la ciencia y la secularización. Frente al dogma de la Iglesia, la libertad de conciencia. Frente a la mirada trascendente, la inmanencia y el laicismo. Frente a la

32 Ibid., p. 239.

heteronomía impuesta por las autoridades eclesiásticas, la autonomía personal, el *Homo sibi Deus* de Hegel. Frente al teísmo, un singular panteísmo agnóstico cuando no directamente ateo³³.

A pesar de las persecuciones sufridas por sus escritos de arte anticlericales, el Pi de *La Reacción y la Revolución* hablaba sin tapujos. «La Iglesia [...] entre el retroceso y la evolución, preferirá siempre el retroceso. No le habléis de reformas sociales, porque no cree en las reformas, [...] ¿le habláis de organización, de derechos? De seguro la tendréis por enemiga, [...] hace siglos que todo progreso se hace, en el mundo cristiano, a despecho de la Iglesia»³⁴.

Y luego advertía, como un tribuno enfurecido y alejado del tono de los progresistas y demócratas de la época: «Dejad, dejad que la Iglesia se levante en pie contra el progreso; cuanto mayor sea su resistencia, tanto mayor será el empuje de los pueblos, tanto más pronto se sentarán, armados y vencedores, sobre la ruina de los templos».

El estilo de estas líneas contrasta con la calificación de Pi como «un hombre de hielo». Por el contrario, las páginas de *La Reacción y la Revolución* eran hijas de la primavera europea de 1848 y de la revolución de 1854. Habían agitado física e intelectualmente a Pi y habían cincelado su carácter. Le habían dado, a los 30 años, una vehemencia y una convicción para combatir por una causa que lo marcarían el resto de su vida.

Si *La Reacción y la Revolución* contenía páginas inclementes con la Iglesia, no eran más suaves las que dedicaba a la monarquía. «La monarquía, como toda institución, tiende siempre al absolutismo de su origen»³⁵. Esta pulsión, para Pi, debía extenderse a todas las monarquías, cualesquiera

33 Sobre esta cuestión, Ramón Máiz, «Estudio introductorio», *Las Nacionalidades: escritos y discursos sobre federalismos*, Francisco Pi y Margall, Akal, Madrid, 2009.

34 Francisco Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, op. cit., p. 151.

35 Ibid., p. 169.

fueran sus formas jurídicas. Era igual que se tratase de monarquías absolutas, como la de Fernando VII, o simplemente constitucionales, como la de Isabel II. No era creíble que un monarca aceptara reinar sin gobernar en lo más mínimo. Y no era aceptable, tampoco, que con la excusa de su inviolabilidad no respondiera por actuaciones privadas contrarias a los intereses generales.

«Un rey», decía, «aun cercado por todas esas trabas que llamáis constitucionales, nunca dejará de ser un soberano; y si un día no lo fuese, merecería igualmente la Monarquía, como institución del todo inútil, ser devorada por el fuego revolucionario»³⁶. Este lenguaje jacobino no era el de un joven exaltado. Era el de un republicano convencido, que veía en la oposición a la Corona y a los intereses que la amparaban, un deber militante. Cuarenta años más tarde, desde las páginas de *El Nuevo Régimen*, mantenía el mismo fervor:

«Nosotros no podríamos transigir con la monarquía. Nos lo vedarían, no solo nuestros principios democráticos, sino también la razón, el sentimiento de nuestra propia dignidad, y aun el de la dignidad ajena. Somos republicanos, no solo por convicción, sino también por temperamento y por carácter»³⁷.

52

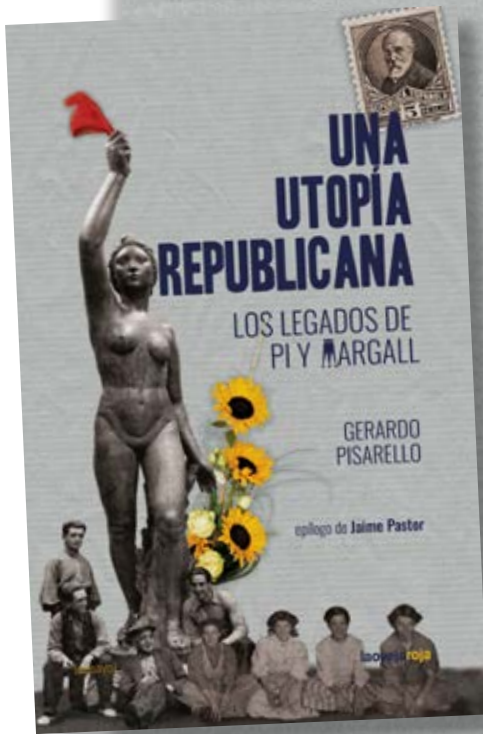
Si la unión entre Iglesia y monarquía había sido en Europa una causa de guerras infinitas, lo mismo podía decirse de la propiedad concentrada. Para Pi, la propiedad solo podía defenderse como condición para la libertad. Para ello, debía estar sometida a límites que la hicieran generalizable.

«Mi sistema», escribía Pi, «es sencillísimo. Yo admito la propiedad, pero sin renta»³⁸. Su posición, pues, era clara:

36 Ibid., p. 182.

37 Véase Francisco Pi y Margall, «La monarquía», en *Artículos de 'El Nuevo Régimen'*, ed. y pról. de Gabriel Alomar, L'Anuari, Barcelona, 1908, p. 227.

38 Francisco Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, op. cit., p. 420.



Una utopía republicana los legados de Pi y Margall

de Gerardo Pisarello

lanzamiento: 30/05/2024

PVP: 18 €

ISBN: 978-84-16227-75-4

208 pgs.

formato 13,5 x 21,5 con solapas, b/n

más información:

<http://www.laovejaroja.es/unautopiarepublicana.htm>

laovejaroja.es

UNA UTOPIA REPUBLICANA

El republicanismo popular fue un elemento determinante para la historia de las sociedades peninsulares durante el siglo XIX. Un republicanismo democrático de origen plebeyo que deslumbra a quien se acerca a él por primera vez y que niega el conservadurismo que luego se intentaría naturalizar. Fue un movimiento mayoritario en no pocos momentos, revolucionario en gran medida, siempre transformador y que entronca y se comunica con las tradiciones políticas que luego siguieron obrando por la igualdad, la libertad, la fraternidad.

Este libro abordará ese momento a través de una figura tan emblemática como injustamente olvidada: Francisco Pi y Margall. Un autodidacta de familia humilde, un catalán que tras exilios y barridas llegó a presidir la Primera República española. Traductor, teórico, polemista, Pi intervino con determinación en defensa de un republicanismo federal de libre adhesión, socialista, laico, antimilitarista y anticolonial. Su ejemplo y sus ideas no solo impactarían en la Europa de su tiempo, sino que tendrían una influencia decisiva en movimientos anarquistas, socialistas, liberales y comunistas del siglo XX. A través de Pi, pero mucho más allá de él, este ensayo pretende mostrar la extraordinaria fuerza, la popularidad, la fertilidad, de un proyecto social que aunque no llegase a consolidarse tampoco llegaría nunca a desaparecer. Un proyecto capaz aún hoy de enriquecer horizontes utópicos para nuestro presente.

«A contrapelo de los estudios que lo muestran como un doctrinario abstracto o como un reformista moderado, este ensayo pretende rescatar al Pi activista y al pensador revolucionario cuyo fuego interior sigue iluminando las grandes tareas democratizadoras del presente. [...] Rebelde ante todo determinismo, sabía que la lucha republicana por la igual libertad y por la minimización de todo poder arbitrario era una utopía sin fin, jalonada por triunfos, tropiezos, duras caídas y renovadas batallas democráticas. También aquí, como Salvador Allende, pudo haber concluido sus días repitiendo, con tono sereno e inquebrantable:

"La historia es nuestra, y la hacen los pueblos".»

«A doscientos años de su natalicio, las ideas y la trayectoria de Pi nos siguen interpelando. Su republicanismo, su federalismo plurinacional de libre adhesión, su anticolonialismo, su pacifismo insobornable. Un auténtico programa de transformaciones radicales que quizá no vea la luz en el corto plazo, pero que la especie humana no puede eludir sin exponerse a su extinción.»

